

Los Dominios de Azorín

Por Carlos E. Mesa, C.M.F.

I - CUANDO AZORIN VIVIA...

La noche ha caído fosca sobre el valle de La Ceja. Los erguidos eucaliptos cercanos a mi casa se han esfumado totalmente. La celda del escritor —en el retiro campestre de La Colombiere— tiene una ventana cristalera hacia el campo y, en este momento, la puerta abierta hacia el ancho pasillo del patio interior. La luz de mi lámpara, irrumpiendo por la puerta, sale y traza un cuadro de oro pálido sobre las baldosas relucientes del pasillo solitario. Frente a mi mesa, en la pared blanca y sin adornos, un viejo reloj taladra la noche con su tic-tac incesante.

De repente, el escritor percibe unos cuchicheos entrecortados. Poco después dos cabezas juveniles, dos caras frescas, de ojos inocentes, tímidos y radiantes, se asoman juntas a la puerta de mi celda.

—¿Se puede? Tal vez no sea hora oportuna...

—Sí se puede, Piedad y Marta Lucía.

—Padre, ¿cuál es la receta infalible para escribir bien?

El escritor sonríe, porque hace años que él persigue porfiadamente ese secreto y desde su juventud lejana garabatea ilusionadamente sobre las cuartillas blancas con destino a la siembra de ideas en las hojas volanderas.

Es, además, que en ese momento de la noche lóbrega, al abrigo de su celda tibia, a la luz de su lámpara suave, el escritor está leyendo un tomito del Maestro Azorín. ¡Qué delicia inefable, en la soledad del campo, en el silencio absoluto, en la noche total, sentir cómo van lloviznando sobre el alma los pensamientos nítidos, las frases limpias, las tersas, nacaradas, sensitivas divagaciones del Maestro Azorín! Sus páginas son un sedante para el espíritu. Y su lectura enseña idioma, amaestra para el estilo, aguza la capacidad de observación hacia afuera y hacia adentro del alma, afina la sensibilidad y otorga serenidad de visión y de criterio.

Piedad y Marta Lucía siguen clavando en el escritor sus ojos grandes e iluminados. Ya están sentadas de frente al escritor, bajo el reloj antiguo que sigue destilando su tic-tac y contando fugacidades in-

contenibles. Uno piensa que el reloj, ahora, marca para Piedad y Marta Lucía los días maravillosos de la juventud. Y que el tiempo debiera detenerse y respetarlas así.

—Sí, Piedad y Marta Lucía. Escribir bien es ideal bello y esquivo. Es arte para selectos; es gozo que suele alcanzarse tardíamente. Pero permitidme que os diga: Una de las recetas más eficaces para escribir bien reside en las páginas del Maestro Azorín, del escritor español, nonagenario, vivo en este mundo y vivo para las letras castellanas de siempre que se llama José Martínez Ruiz.

Uno se atrevería a decir a los aprendices del estilo aquello que una voz misteriosa, aludiendo a la Biblia, le dijo al joven africano. Agustín cuando se debatía entre las concupiscencias y la Gracia: Toma y lee. Pocos autores ayudan de tal manera y con tamaño influjo a pensar con orden, a eliminar superfluidades, a expresarse con claridad, con precisión y con sutiles dosis de poesía, como este orfebre minucioso de la lengua castellana.

Sucede además que el Maestro Azorín no lo es solo por la calidad y la ejemplaridad de su obra; lo es también porque él tiene una preceptiva y una estilística que no ha ocultado avaramente y que ha cifrado en su pequeño libro "El Escritor" y en la recopilación titulada "El artista y el estilo".

Cuando el joven alicantino Martínez Ruiz empezó a borrar cuartillas para la prensa madrileña, entre los escritores españoles prevalecía el estilo amplificador, caudaloso, eufónico, de Emilio Castelar, discípulo exagerado de los prosistas latinizantes del siglo de oro. En ese momento Baroja comienza a novelar en su prosa directa, desenfadada y sin floripondios y el joven Azorín se pone a desmontar la cláusula complicada, a desarmar los artificios retóricos, a simplificar la expresión, como destilada en alambique, hasta lograr la suprema transparencia.

El llega a su oficio con una técnica, con un sistema peculiar de expresión. Instinto y observación son para Azorín los pajecillos de hacha del que se dedica a escribir. Hay en el alma —en ciertas almas— un instinto que nos impele a utilizar la pluma para vestir pensamientos o para desnudar el alma. Luego, es menester observar con cariño las cosas, los mínimos objetos, la vida fluente y ondulante, el hervidero de alma adentro. Para escribir bien le basta al aprendiz un hecho de la vida corriente, un libro antiguo o nuevo, el mensaje de dos líneas estremecidas que se perciben de pronto en las páginas de un prosista o de un poeta.

El paisaje, el pueblo, el momento histórico o vulgar surgen bajo la pluma de Azorín de un pormenor mirado con ternura. Las dos nubes blancas que viajan por el cielo azul de Castilla; el esquilón que tañe en la mañana cristalina, la mujeruca vestida de negro que va camino de la tienda, el pino alto que se cimbreaba en la tarde sola o el pájaro que picotea en el pilón de la fuente, todo ello le sirve para la evocación tenuemente sentimental o para la deliciosa acuarela.

Ya de cara a la página virgen que espera surcarse de ideas Azorín propone una norma primordial: Escribir es poner una cosa después de otra y no mirar a los lados. Hay que escribir directamente; es superfluo todo lo que dificulte la marcha del pensamiento escrito.

Por el recurso de la eliminación se alcanzan la fluidez y la rapidez, dos condiciones de estilo que Azorín antepone a las aconsejadas pureza y propiedad. La eliminación enseña a saltar intrépidamente, sin la preocupación de la incoherencia, de un matiz a otro matiz.

Azorín ama los vocablos propios y puros; mas en la pureza, con hallarse tan notoria y destellante en sus escritos, no ahinca tanto como en la propiedad, porque un vocablo puede ser puro, pero estar empleado impropriamente. ¿A dónde recurre el maestro, no tanto para enriquecer su lengua cuanto para tener a la mano el vocablo preciso, único? Recurre al diccionario, entre los cuales otorga la primacía muy razonablemente al ideológico de Julio Casares; pero va también a cosechar términos específicos en los manuales de oficios o en la conversación con el artesano y el labriego en los talleres y en las hazas. Dar un rodeo para designar las cosas —dice él— es impericia supina.

Se da el caso de que escritores incorrectos y desaliñados tienen a veces un atractivo de que carecen los pulidos. ¿A qué se debe esto? No a las incorrecciones, naturalmente; sí a que han ido directamente a las cosas y a que en su prosa les palpita y les calienta la vida. ¿Es que no vale más la obra pujante y recia, original y espontánea que la obra remilgada y yerta? Azorín prefiere a todo la vitalidad. En el Quijote de Cervantes menudean las negligencias gramaticales y los desdenes a la sintáxis; pero hay en él, subyacente y dinámica, una profunda vitalidad.

Entre los secretos de Azorín no es posible olvidar el sentimiento del paisaje y de la naturaleza. El opina que un escritor es tanto más artista cuando mejor sabe interpretar la emoción del paisaje. Dicen que esa emoción data de Rousseau y de Bernardino de Saint-Pierre. En España —fuera de algún poeta primitivo como Berceo—, la sintió y captó Fray Luis de León en los **Nombres de Cristo**. En cuanto a la observación enternecida de las menudencias pocos han igualado al Padre Luis de Granada en su comentario al Símbolo de la fe. Modernamente no conoce uno un sensitivo del paisaje que pueda rivalizar con Azorín, a no ser su amigo, coterráneo y contemporáneo Gabriel Miró. Uno diría que Azorín ha creado una sensibilidad especial y una visión más amorosa de los seres entre los escritores castellanos. El ha descubierto cariñosamente el primor de lo antiguo, de lo vulgar, de lo sencillo y de lo pequeño.

En el Maestro Azorín nos seduce la sencillez. Somos muy pocos —dice— los que nos avenimos a ser naturales y claros. Y sin embargo esta naturalidad es lo más bello de todo. Coincide este criterio con lo enseñado entre nosotros por Tomás Carrasquilla: “La sencillez —decía— es el principio de la verdadera elegancia. Todo lo sencillo es naturalmente hermoso, selecto y distinguido”.

Pero, ¿queda en esto la clave total del encanto de Azorín? No; a todo ello se mezcla, como ingrediente prodigioso, una difusa nota de poesía, que le confiere algo de acuarela primitiva a sus cuadros, de ritmo gregoriano a su prosa, de melancolía suave a sus evocaciones, de entrañable congoja a su sensación de lo intemporal y de lo fugitivo.

En este momento de la divagación, la torre parroquial de La Ceja nos envía, entre las nieblas indolentes asentadas sobre el llano, las

campanadas de las nueve de la noche. Y Piedad y Marta Lucía se miran como heridas por la saeta invisible del tiempo. Sí, también esto es azoriniano. Porque en toda la obra de Azorín, el tiempo es fuente de inesperadas emociones estéticas. Para él lo pasado se actualiza y lo actual se transverbera de pasado y hay momentos inefables en que ve y nos hace ver lo antiguo de las cosas y de los hombres como si estuviera volviendo a pasar. Luis de León vuelve a mirar el cielo adornado de innumerables luces en la noche de Salamanca y Teresa de Jesús a caminar por llanuras de Castilla.

¡Cómo impresionan estas campanadas nocturnas del valle de La Ceja! Las muchachas se levantan, se despiden en voz sigilosa, se llevan apretados contra el pecho, sendos tomitos de Azorín.

No sabe el querido maestro, en su Madrid lejano, en su casa atestada de libros y acorazada de silencio, allá en la calle Zorrilla, que sus dominios de escritor se alargan a este rincón de Colombia y a estos corazones de muchachas puras, idealistas, soñadoras. Uno se ha quedado solo en la celda. En la pared de enfrente el reloj sigue contando los minutos inexorables.

Y sobre mi mesa reposa, con sus incitaciones estéticas, la antología del mayor clásico vivo de Castilla y de la Hispanidad.

II - ADIOS MAESTRO AZORIN

En el Madrid invernizo, acuchillado por los vientos gélidos de Guadarrama pero lleno ya de los presentimientos de la primavera luminosa y azul, acaba de apagarse la vida del Maestro Azorín. Apagarse es el verbo propio. Porque este escritor fue luz y claridad y su obra entera es una de las lámparas grandes colgadas en el templo de la castellanía. Su magisterio de lengua, de estilo, de sensibilidad es uno de los más prolongados de la literatura española. El se incorporó al quehacer de las letras con la traída y llevada generación del noventa y ocho. El derumbamiento del imperio español congregó una selección de pensadores para inquirir las causas de ese desplome y salvar lo que todavía podía salvarse: el "alma española", como se tituló una revista de entonces. La actitud del primer momento fue melancólica, deprimente, negativa, Azorín escribió entonces un libro bello e iconoclasta: **La Voluntad**. Pero en seguida empezó su tarea de afirmación. Hasta entonces el tema español había sido tratado siempre en tono mayor, a la manera ampulosa de Emilio Castelar. Pero llega Azorín y lo reduce a íntimo y entrañable tono menor. Si lee el **Quijote**, no buscará para el comentario la desusada aventura del caballero manchego; su mirada de gloriador se posará mimosa y acariciante sobre una frase sugerente soltada al desgaire por Cervantes o sobre las tinajas toboscas que guardan el vino de la casa del caballero del Verde Gabán.

Azorín busca en lo familiar y vernáculo la esencia de lo nacional. Extrae de lo cotidiano el cogollo de lo permanente. Más que las grandes hazañas lo cautivan los humildes oficios; más que el salón cortesano que Pereda hubiera descrito con fatigosa minuciosidad el zaguán lugareño de anchas losas y encaladas paredes. Su agudeza de percep-

ción lo lleva a escoger el rasgo esencial de las cosas, el gesto o el ademán que nos revela a un hombre. Ama el detalle íntimo, vital. Es artista de condensaciones. Sabe acumular en una frase de cristalina transparencia una poderosa cantidad de sentido y de emoción. Su aportación se cifra en el vocabulario, en el estilo, en la sensibilidad. Mi generación—decía— se esfuerza por incorporar viejas palabras, plásticas palabras, cazadas en la selva de los clásicos, sorprendidas en el habla del artesano, del labriego, del vendedor ambulante. Azorín tuvo siempre la preocupación de la riqueza léxica. Su técnica de prosista fue desde el principio y cada vez más, una técnica de eliminación, de riguroso ascetismo. El desarticuló el período rozagante de reminiscencias latinas y ciceronianas y buscó la frase corta, limpia y transparente. Se dijo que llegó hasta el martilleo agobiador y que su frasear era castellano en virutas. ¡Pero cuánta melodía interior en su ritmo gregoriano! ¡Y qué aroma de poesía despiden sus cláusulas de sencillo esmero! Azorín logró la suprema elegancia mediante el desdén por las vanidades decorativas. Sin embargo, cuando el lector acaba uno de sus comentarios sigue percibiendo prolongaciones inefables. En la renovación de la sensibilidad española nadie ha superado la maestría y la influencia de Azorín. El enseñó a captar sutiles emociones en un solo verso del Maestro Berceo, en una estrofa de Luis de León, en un endecasílabo de Góngora. El mostró la belleza de la vida cotidiana, de la plaza polvorienta, de la conversación pausada en el casino de la aldea, del mueble viejo, del reloj antiguo en la salita silenciosa. El descubrió el alma española de la clase media, del hombre de pueblo, con sus esperanzas limitadas y su cadena de gozos y de penas grises. En su estilo de plata, en su ritmo lento, las sensaciones se mitigan. Siente, como pocos, la obsesión del tiempo. Le inquieta la hora fugitiva, el pueblecito a donde nunca volverá, la estrellita lejana que uno contempla en esta noche de Castilla y que hace cuatro siglos hirió los ojos de un poeta de Salamanca. Hay relatos suyos que cobran la trascendencia de lo intemporal.

Es prodigiosa su decantación de la historia. A veces nos hace regresar al pasado, contemplar a Teresa de Jesús andariega por caminos interminables o a Cervantes que en el prólogo al **Persiles** nos habla de su próximo acabamiento. A veces vuela súbito hacia el futuro o nos actualiza a los clásicos hasta describirnos al frailecito Luis de Granada, acomodado humildemente en el vagón de un tren de tercera, mientras viaja hacia Portugal y va mirando cariñosamente los campos secos de Extremadura o las nubes altas del cielo castellano. Toda España palpita en la obra de Azorín. Su ayer y su hoy; sus letras y su historia; sus costumbres y su paisaje. El sabe poner alma nueva en los hombres y los hechos de antaño. En sus libros **Castilla**, **Los Pueblos**, **La Ruta de Don Quijote**, hay diálogos vivos, descripciones inolvidables, poesía difusa y penetrativa. A primera vista parece que es un fotógrafo exacto y objetivo; pero luego se percata el lector de que Azorín escribe en estado de ensoñación o de remembranza. Más que narrador es un poeta que tiene el arte de soñar, de evocar y de ennoblecer. Toda su literatura está transida de lirismo refinado. Hace años uno ha leído con frecuencia al Maestro Azorín y puede atestiguar que le debe horas de sosiego espiritual, lecciones de castellano, dádivas de emoción, aprendi-

zaje de recursos para esta difícil y amada tarea de enviar al hombre hermano el mensaje de la íntima comunicación.

Uno recuerda ahora la noche del 18 de marzo de 1958. Un grupo de letrados y poetas de Madrid quiso festejar el onomástico de José Martínez Ruiz, universalmente conocido por el seudónimo de Azorín. Ya estaba octogenario y querían que no se les fuese a la eternidad sin saber una vez más, que los españoles lo admiraban y reconocían su magisterio y la pulcritud de su obra perdurable. El homenaje se le rindió en el salón de actos del Instituto de Cultura Hispánica. Allí, en la presidencia, rodeando al maestro, estaban Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Leopoldo Panero que también murió ya, y Luis Felipe Vivanco. Presidía el Maestro Azorín, magro, estilizado, quietos y medio entornados los ojos grises, irreprochablemente vestido, semejante a uno de los viejos castellanos que pintara el Greco. Uno no hacía más que mirar a ese clásico vivo. Uno, desde niño, lo había leído en la Colombia lejana y sintió viva emoción cuando el poeta Eduardo Carranza se levantó y en poema de sugerencias deliciosas, le ofreció al Maestro Azorín unas estampas líricas de la tierra colombiana. Azorín se levantó entre aplausos resonantes e interminables y empezó evocando el homenaje que en 1913 le habían ofrecido en Aranjuez. Y habló del tiempo fugitivo y de los jardines de Aranjuez... "El tiempo —decía— es como una melodía lejana que se va poco a poco diluyendo. Los años anonadan nuestro ser". Acabado el homenaje me acerqué al Maestro, le estreché su mano y le expresé mi admiración como aficionado de las letras, como lector suyo, como sacerdote y como colombiano. Y él, clavándome sus ojos grises e inclinando cortesanamente su cabeza nevada, me dijo dos veces: Gracias, Padre, muchas gracias.

Sus colaboraciones en la prensa de Madrid fueron escaseando. Recuerdo ahora uno de sus "recuadros" en A.B.C. Era una breve, intensa, evocadora despedida "A las muchachas de Burgos" que él conociera en juventud lejana: Teresa, Carmen, Pilar... A primera hora de la tarde salía con pasos lentos hacia algún cine madrileño. Se daba al reposo con las primeras sombras y se levantaba a escribir hacia las tres de la mañana cuando los gallos se estaban desperezando. Sobre las páginas blancas iban cayendo sus palabras de nácar, de terciopelo, de aromas viejos, de sensaciones nuevas. A esa hora de la madrugada el Maestro Azorín ha pasado del tiempo, que siempre lo inquietó, a lo eterno y a la historia. Uno, desde estas lejanías, le pide humildemente a Cristo que galardone al Maestro Azorín por la misericordia de tantas páginas esmeradas y bellas.